

Daniel Belmar, el injusto olvido (Una aproximación personal)

PACIAN MARTINEZ*

La última vez que visité a Daniel Belmar, no mucho antes de su muerte, me sorprendió que pese a su fragilidad extrema que en nada hacía recordar la robustez de antaño, conservara la misma sonrisa que le conocí desde cuando, siendo yo un niño, frecuentaba su casa como compañero de colegio y amigo entrañable de su hijo Daniel. Gran parte de mi infancia y de mi adolescencia, entonces, estuvieron unidas a esa familia y fue allí donde vi por primera vez a Pablo Neruda, a Pablo de Rokha, a Nicomedes Guzmán, a Nicolás Guillén y a tantos otros escritores e intelectuales que llegaron alguna vez al Concepción de fines de los '40 y comienzos de los '50. Fue por esa época que Gonzalo Rojas vino desde Valparaíso - *"mayo del '52 para ajustar bien las fechas"* - a inaugurar en una universidad todavía provinciana un discurso nuevo y abierto, *"un desplante heterodoxo y nada reverencial"*, una lectura distinta del mundo. Algo después, Violeta Parra instaló sus bártulos en la Escuela de Bellas Artes y con Daniel nos escapábamos de clases para conversar con ella o con Julio Escámez, Pancho Rodríguez, Santos Chávez... Y, al clausurarse la década, el Teatro Universitario recibe a Delfina Guzmán, a Jaime Vadell, a Luis Alarcón, a Carlos Núñez, a Gustavo Meza, a Pedro de la Barra, a Raúl Aliaga... Ese plazo pródigo se cierra,

*PACIÁN MARTÍNEZ: Periodista, redactor del diario *El Sur*, de Concepción. Crítico cinematográfico y literario.

además, con los encuentros a que convoca Gonzalo Rojas, diálogos que abren y proyectan esta ciudad hasta los últimos confines y que constituyen un capítulo singular y único en la historia pencopolitana, como algunos gustan llamarla.

Estos maestreros, sin embargo, no eran los únicos y sería injusto no mencionar a Alfredo Lefebvre, a Gastón von dem Bussche, a Eduardo Hyde, a Tole Peralta y a tantos otros -es imposible abarcarlos a todos- que cambiaron la fisonomía de este espacio lluvioso. Se gestaba ya, también, la generación de relevo, la que aventaría la diáspora y que aún no regresa. Quizás, algunos no lo hagan jamás, pero nadie pensaba en eso -tampoco había presagios en el aire- y en El Castillo, en las guaridas nocturnas se compartía, de pronto, con un Carpentier o un Carlos Fuentes, con un Guayasamín o una Núñez del Prado...Y en alguna mesa, lejano y distante, Erich Rosenrauch concebía sus novelas laberínticas, sus relatos ejemplares sobre los que cayó tan absurdo y prematuro olvido.

Esos eran los ámbitos de Daniel Belmar, si bien su sencillez increíble no le llevara nunca a los alardes o a los estruendos. En raras ocasiones ocupaba los estrados y, enemigo de pontificar, la timidez apenas se le alejaba cantando, lo que hacía con frecuencia en aquellos plazos. Por terrible designio, en los años finales le restaba un hilo minúsculo de la antigua y potente voz, que se fue silenciando como su imagen, transformada en leyenda como si ya no existiera, como si no hubiera estado cerca de nosotros, sin reclamar el más insignificante tributo.

¿Cuál fue su pecado capital? Sin duda la modestia exacerbada que no le hizo plegarse a las reglas del marketing que ya se insinuaba. Muchos escritores menos dotados perduran gracias a ese juego de autopromoción, pero Belmar ignoraba sus normas. El era fruto del '38, de ese grupo que quiso ser la conciencia de un pueblo y cuyo naturalismo a lo Zola no sería acogido por la crítica emergente, con conceptos distintos de la estrategia narrativa y con formación más científica y rigurosa, lo cual no justifica negar a Nicomedes Guzmán, a Fernando Alegría, a Carlos Droguett, a todos los que intentaron -con mayor o menor fortuna- proyectar algo de luz sobre la gran aventura humana. Y si lo hicieron como Belmar, con un lirismo que hoy suena a ingenuo o arcaico para muchos, o bien privilegiando en forma simplista el mensaje social o político, no puede condenárseles por ello. Un "corpus" verdadero de nuestra novelística no debe excluir, por ejemplo, *La sangre y la esperanza*, *Caballo de copas* o *Patatas de perro*. Y en ningún caso *Coirón*. Releída *Frontera*, incluso, de un autor anterior a los del '38, como es Luis Durand, resulta ser una de las escasas obras -sino la única-

que testimonia la colonización de lo que fuera la amplia patria araucana y de cuyos despojos fueron surgiendo pueblos, ciudades. Hasta la Revolución del '91 -acabamos de celebrar su centenario o, mejor dicho, de evocar sus trágicas consecuencias- está ahí reflejada y Anselmo Mendoza, el protagonista, paga el precio por su adhesión a la causa balmacedista.

Desde una perspectiva más restringida, menos abarcadora, seis de los relatos de Daniel Belmar tienen como escenario Concepción o sus contornos - *Oleaje, Ciudad brumosa, Desembocadura, Sonata, Los túneles morados, Detrás de las máscaras*-, pero no el Concepción señorial, adusto, orgulloso pese a Loncomilla, sino la ciudad inhóspita, húmeda, tentacular, triste, gris, abúlica, corroída eternamente por la lluvia y la neblina. Un espacio del que Belmar rescata sus chincheles, sus seres marginales que habitan en conventillos junto al río o en oscuras cités. Tan sólo los niños proporcionan alguna luz en ese cuadro espectral y, como en Nicomedes Guzmán, los redime la pureza:

“Trepados en la cerca del gallinero, ajenos al frío que les amorataba manos y ojeras, contemplaron sin cansancio los giros del volantín. Era un pavo, una gran ave prisionera y amaestrada, sin cauda flotante. El roce del viento empezaba a carcomer sus flancos. A intervalos cadenciosos escuchábase el seco y sostenido rasguño sobre los bordes crujientes del papel:...ras...ras...ras...

Los rapaces contuvieron el aliento.

-Mira, Panchito, aguaita.

El volantín blanco surgió repentinamente, tal amenazante vilano.

El pavo se replegó en temerosa, veloz, inútil recogida. El halcón blanco lo cogió desde abajo en tenue contacto de hilos. Un roce apenas, asesino, mortal. Un leve temblor. Y el derrumbe. La hoja muerta planeó por breves instantes, volteó, pareció elevarse, y fue tragada por el cercano horizonte de techos y de árboles.

-Lo mandaron cortado- dijo el niño, suspirando.

-Con hilo de vidrio no es gracia, Panchito.

Y al observar pesadumbre en la mirada misteriosa:

-Acabo de hacer una ñecla; ven, es para ti”.

En este fragmento de *Detrás de las máscaras* se aprecia -como en los otros relatos de Belmar- la finura con que describe los universos infantiles, tan contrapuestos a la desencantada existencia de los adultos.

Pero no únicamente los proletarios -palabra que le gustaba utilizar- son las víctimas de este medio sombrío, ya que los estudiantes de una universidad construida sobre pantanos y donde a comienzos de siglo se buscaban camarones y se cazaban choroyes, no correrán mejor suerte: se hacían en pensiones inmundas y la bohemia que los consume tempranamente, la miseria, el desaliento, les impedirán volver, a menudo, al sur del origen con un título en las manos y prosperar. El viejo sueño de las clases medias y bajas de este Chile no se cumple en Belmar y muchos de esos jóvenes terminan matando las horas y los días en bares sórdidos, o presidiendo tristes cenáculos, añorando mejores instantes, ya sin esperanzas.

Un cuadro espectral, es cierto, pero que no dista mucho del que tenía Neruda, que en una carta dirigida a Albertina Rosa Azócar le pide que huya de Concepción sin dar aviso a nadie y se le reúna en Oriente.

Quizás fue este aspecto el que provocó la paulatina postergación de Belmar, capaz, no obstante, de mostrar una arista -la más dura- de un Concepción del que Gonzalo Rojas también evoca los adoquines de Orompello y los llantos de la infancia.

Pero es *Coirón*, sin duda, la obra mayor de Daniel Belmar. De fuerte raíz autobiográfica, recoge la epopeya de chilenos que, al terminar el siglo XIX, emigran hacia Argentina. En ese difícil paisaje transcurrió la niñez de nuestro escritor que, como varios de sus hermanos, nació en Neuquén:

“Era la tierra salvaje y olvidada, monótona y agria como el mar, absorbiendo, como él, la alegría del hombre, reduciendo su anhelo, paralizándolo su sentido humano, transformándolo desde la cuna en tumultuoso torrente de instintos desatados, contenidos sólo, acaso, por la infinita soledad.”

“Era la tierra sin árboles ni montañas, llana, enorme, propiciando el nomadismo; la tierra de horizontes sumergidos, invitando al viaje incesante, a la marcha sin regreso, a la inestabilidad; la tierra despoblada, silenciosa, continua, apenas solevantada a lo lejos por ligeros lomajes desnudos que formaban arrugas estériles, angostos cañadones donde el hombre, cansado de vagar, asentaba su vivienda para preservarla de la furia del viento, de la cellisca, de la nevazón”.

Siempre he creído que esta novela se presta admirablemente para el cine,

al igual que *Frontera*. Sagas que, por lo demás, han sido insuficientemente estudiadas en sus numerosas vertientes inspiradoras. A lo mejor, en un futuro cercano, algún realizador las descubre y grafica en imágenes los tremendos hechos que las motivaron: el desplazamiento del campesinado chileno por inmigrantes europeos, la caída de Balmaceda, el éxodo perpetuo de nuestra raza... Formas de exilio, que no de conquistas.

Creo que si alguna novela perdurará de Belmar, ésa será *Coirón*, más allá de la inexplicable actitud actual de los críticos y los catedráticos. Todo tiene cabida bajo el sol y Umberto Eco no niega a quienes le precedieron, y Melville, Flaubert, Dostoievski y hasta nuestro Blest Gana seguirán siendo grandes. Como pienso, asimismo, que *Descenso*, su único poema publicado, merece una reedición. Serán tareas para un mañana en que dependamos menos de modas circunstanciales y advirtamos, por fin, que la literatura es una cadena infinita en que sus múltiples eslabones se ensamblan a la perfección, sin que ninguno de ellos pueda desecharse.

Daniel Belmar nada supo de eso, ni tuvo anhelos de inmortalidad. Sólo cumplió con lo suyo, pero todavía me intriga que en una de nuestras últimas conversaciones abriera las páginas de *Coirón* y me señalara con el dedo un pequeño pasaje:

“Mi niñez tranquila y confiada, fluyendo con sus lentas aguas claras hacia el misterioso porvenir, indeseado, hacia los años desconocidos, hacia el tiempo distante e impenetrable”.

¿Por qué lo hizo?

ALGUNAS OPINIONES ESCRITAS DESPUES DE SU MUERTE

“Le gustaba Concepción y sus misterios nocturnos; a lo mejor el tono menor de la conducta lugareña que, difícilmente, puede alcanzar horizontes más universales. Los críticos guardaron el silencio prudente de rigor, como es un hábito. Hubo excepciones, pero el mercado del libro exige movilizaciones de

imágenes, defender, proclamar, difundir la obra con algunas herramientas que Belmar no poseía. Su marginalidad es parte de nuestra manera de ser: olvidar más rápido que amar”.

(Alfonso Alcalde. *El Sur*, 22 de diciembre de 1991)

“Ahora que Daniel Belmar se ha retirado de veras, queremos recordarlo sólo en la plenitud que no pudimos compartir. Pero no podemos ignorar una injusticia comparable sólo a su valor. Daniel Belmar se murió sin el Premio Nacional de Literatura, lo que sólo empequeñece al Premio Nacional de Literatura”.

(Andrés Gallardo. *El Sur*, 18 de diciembre de 1991)

“Todos los que hemos leído a Daniel Belmar sabemos que escribió por lo menos dos excelentes novelas y que el resto es de sumo interés. Sus libros de mayor repercusión no fueron aquéllos sobre Concepción y, sin embargo, éstos tienen un tono entre evocativo y sombrío que hace placentera su lectura. De modo que sorprende la preocupación, a propósito de su fallecimiento, de si se le han reconocido sus méritos o no. La falacia es exigirle al mercado lo que éste no da sino espontáneamente, o exigir que se imponga su lectura como obligación académica”.

(Jaime Giordano. *El Sur*, 25 de diciembre de 1991)

“A semejanza de los personajes de *Coirón*-silenciosos, perdidos, desterrados, sin regreso- se ha muerto Daniel Belmar. Sin pena ni gloria (en la frase-epitafio tan usual). Sin las honras, al menos postreras, que una sociedad debiera dar a sus escritores ilustres. Sólo tres o cinco amigos penquistas (tal vez un zapatero, un periodista, un mutualista) le dieron su adiós en la ciudad brumosa que tanto quiso. Fue como un perderse y, para siempre, en la infinitud de aquellas pampas que recorrió cuando niño en aquella otra tierra de los horizontes sumergidos”.

(Jaime Quezada. *El Mercurio*, 19 de enero de 1992)

OBRAS DE DANIEL BELMAR

ROBLE HUACHO. Novela. Editorial Cultura, 1948.

OLEAJE. Novela. Ediciones Flor Nacional, 1950.

COIRON. Novela. Editorial Zig-Zag, 1951.

CIUDAD BRUMOSA. Novela. Ediciones Librería Salazar, 1952.

DESEMBOCADURA. Relatos. Ediciones Renovación, 1954.

SONATA. (*Carta de una adolescente*). Novela. Editorial Zig-Zag, 1955.

LOS TUNELES MORADOS. Novela. Editorial Zig-Zag, 1961.

DESCENSO. Poema. Publicaciones de la Universidad de Concepción, 1962.

EVOCAION DE TEMUCO. Crónica. Imprenta Universidad de Concepción,
1962.

DETRAS DE LAS MASCARAS. Novela. Editorial Zig-Zag, 1966.

EL PAIS DONDE NACEN LAS TURQUESAS. (Inconclusa).



Posando para una entrevista, en la biblioteca de su casa.



Con Pablo de Rokha, a mediados de los '50, en el patio de la antigua Escuela de Bellas Artes, en la primera cuadra de calle Caupolicán, de Concepción.



Durante una recepción ofrecida en 1961 por la Universidad de Concepción. Aparecen de izquierda a derecha: Gonzalo Rojas, Alfredo Lefebvre, Galo Gómez, Juan Loveluck, Rodolfo Zañartu, Daniel Belmar, Víctor Solar, Luis Muñoz, René Cánovas y Enzo Mella.